

LETICIA DOLERA

MORDER LA MANZANA

La revolución será feminista o no será



LETICIA DOLERA

**Morder
la
manzana**

La revolución
será feminista
o no será

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Leticia Dolera, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2018

Depósito legal: B. 2.175-2018

ISBN: 978-84-08-18262-7

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Blackprint

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

ÍNDICE

1. Una noche con amigas	9
2. El feminismo	23
3. ¿Qué es el patriarcado?	29
4. ¿Y qué es el androcentrismo?	33
5. ¿Es necesario el feminismo?	37
6. El feminismo es una práctica activa	45
7. Micromachismos	47
8. ¿Sientes el miedo al cambio?	53
9. Mi primer miedo al cambio: el cambio de instituto	55
10. El mito de la mejor amiga	63
11. La sororidad	67
12. ¿Te ves gorda?	75
13. Mi cuerpo, mis pelos y yo	79
14. Género, sexo y orientación sexual no son lo mismo	91
15. Queremos que seas más mujer	95
16. <i>El segundo sexo</i> de Simone de Beauvoir	99
17. Algunos hombres sabios empeñados en definir a las mujeres	103
18. Masculinidad y feminidad	107
19. Un día normal en el dermatólogo	115
20. La mística de la feminidad: el problema que no tiene nombre	119
21. No digas tu edad, miente	123
22. Tres olas feministas	131

23.	El feminismo radical	143
24.	La revolución sexual	147
25.	Y las fotos sexis, ¿para cuándo?	151
26.	Ni monjas, ni putas, ni brujas	159
27.	El día que juzgué a una compañera de reparto en secreto	163
28.	No es lo mismo meter o que te la metan. Ah, ¿no?	167
29.	Coitocentrismo o la sexualidad al servicio de un falo	169
30.	Orgasmos y sexo en Nueva York	173
31.	Que levante la mano quien no haya fingido al menos un orgasmo	179
32.	El escándalo machista vestido de normalidad	189
33.	A nosotras nos pasan las mismas cosas	197
34.	La interseccionalidad	201
35.	Educadas en el miedo	203
36.	Desde ya: la vergüenza para quien agrade	215
37.	Y en España, el feminismo, ¿qué?	217
38.	La Transición y la Constitución	225
39.	El valor de lo simbólico	229
40.	Que no te engañen, el cine no tiene género	235
41.	Un test de cine	241
42.	Como una vaca al corte	243
43.	Cultura de la violación	249
44.	El amor romántico	257
45.	Una salida	269
46.	La primera mujer	277
	<i>Bibliografía</i>	283
	<i>Filmografía</i>	285

Una noche con amigas

*Todo empieza cuando una mujer
habla con otra mujer.*

MIREIA BOFILL

Eran las tres de la mañana, yo salía de un local de la Zona Franca de Barcelona. Es una zona industrial y a esas horas no había ni un alma. Podría haber esperado a mis amigos e irme con ellos, pero tenía ganas de volver a casa.

Al salir a la calle me arrepentí de mi decisión y de no haber hecho caso a mi compañera de piso, que me dijo que pillara chaqueta porque bajarían las temperaturas. Estaba sola, hacía un frío que pelaba. «Tal vez debería llamar a un taxi en lugar de esperar aquí —pensé—. Cinco minutos más y pido uno desde dentro.» Entonces apareció: una lucecita verde se acercaba a lo lejos. «¡Taxi!»

Me monté y le dije la dirección. El conductor me miró por el retrovisor y contestó:

—Claro que sí, guapísima.

Me puse a mirar el móvil. El coche se puso en marcha.

—¿Qué? ¿Mucho ligoteo esta noche?

—No.

Silencio. Yo seguía con el móvil. Me di cuenta de que

el taxista me observaba por el retrovisor y disimulé, no quería entablar contacto visual ni conversar más.

Llegamos a la rotonda y el hombre, en lugar de tirar hacia la calle que lleva a la Gran Vía y por lo tanto hacia mi casa, giró hacia el lado contrario. Le dije que no era por ahí.

—Es un atajo —me contestó.

Me extrañé, me puse en tensión. Dejé el teléfono y me concentré en la estampa de la Virgen que colgaba del retrovisor. Estaba plastificada y desgastada por los bordes, su mirada parecía triste, empecé a sentir compasión por ella, todo el día ahí, colgada, mirando con pena a las personas que se subían al taxi, con las manos sobre el pecho como una niña en su primera comunión. Su mirada triste y su cara de porcelana se tambalearon más de la cuenta; de repente, habíamos empezado a circular con dos ruedas encima de la acera. El taxista se estaba metiendo por los callejones de los cuarteles abandonados de Lepanto. Menos luz todavía. Menos gente todavía. Un desierto urbano lleno de recodos callejeros.

—No es por aquí.

—Te digo que es un atajo.

—Por aquí no hay nada. No hay ni calles.

Silencio. Solo se oía el motor y el *ñic ñic* del balanceo de la estampa religiosa. Una voz dentro de mí me decía que algo no iba bien, otra me decía que estuviera tranquila, que el hombre estaba tomando un atajo y que la Virgen estaba ahí por algo.

—Pare el coche porque me quiero bajar. Le pago la carrera y me voy, no quiero ir por aquí.

El tipo no contestó, siguió como si nada. Nunca en mi vida he tenido la sensación tan clara de tener que huir. «Tienes que bajar, tienes que salir de aquí», me repetía por dentro como un mantra. Y no tengo ni idea de cómo, pero lo hice, me bajé del coche en marcha.

• • •

—¿Quééé? ¿En marcha? —Casi me tiro por encima el mojito de catorce euros que me he pedido hace un rato y que probablemente sea el responsable de mi exceso de decibelios al interrumpir a Pati.

Estamos en Josealfredo, una coctelería del centro de Madrid. Hemos quedado cuatro amigas para «quemar las pistas de baile», pero lo que parece que estamos quemando en estas butacas aterciopeladas son nuestras ganas de salir.

La noche ha empezado en Lavapiés, cenando huevos fritos con patatas y poniéndonos al día. Hemos hablado de trabajo, de lo caros que son los pisos aquí, de que Esther siempre llega tarde. Esther es periodista *freelance* y siempre que quedamos está cerrando un artículo que le han pedido de hoy para hoy. También hablamos del reciente cambio de ciudad de Carla, que es actriz —de Barcelona, como yo— y acaba de fichar para una serie; de la tesis doctoral de Pati, que es odontóloga, y de si voy por fin a volver a dirigir una peli o no (soy actriz, pero hace dos años escribí y dirigí mi primera película). Todo salteado con detalles de alguna que otra aventura amorosa o sexual de cada una.

Pero volvamos a la historia de Pati. Estamos en el Josealfredo y yo sigo preguntando ansiosa.

—¿No te hiciste daño? ¿No te caíste? Esas cosas solo pasan en las pelis, ¿no?

Carla mira fijamente a Pati, traga saliva y susurra en catalán.

—*No m'ho puc creure*. —Que quiere decir que no se lo cree.

Pati continúa con su relato.

—No tengo ni idea de cómo salí del coche, pero lo hice y eché a correr como nunca en mi vida. El tío paró el motor y se bajó para salir corriendo detrás de mí. Estaba oscuro. No había nadie. Oí: «¡Puta loca! ¿Dónde vas?». Llegué a la rotonda y a lo lejos atisbé a una pareja. Se asustaron al verme. Creo que pensaban que les iba a robar. Cuando los tuve cerca les conté lo que pasaba. Y al llegar junto a ellos, por arte de magia, el tipo dejó de correr. Eso sí, me gritó desde la distancia: «¡Que te den, puta!».

Se hace un silencio entre nosotras. Tengo la sensación de que a todas nos han gritado PUTA alguna vez. Más de una vez.

Carla sigue con los ojos abiertos como platos y con la pajita en la boca vuelve a susurrar algo parecido a *estic flipant*. Que es: «Estoy flipando».

—Qué valiente fuiste, tía —le digo.

—¿No te quedaste con la matrícula del coche, verdad?
—pregunta Esther, la más práctica de este cuarteto.

—Qué va.

—En serio, qué valiente. Yo me hubiera quedado ahí, paralizada, repitiéndome que son paranoias mías —añado.

—Alguna vez he pensado que a lo mejor el tipo de verdad estaba cogiendo un atajo.

—¡Ni de coña! —dice Esther—. Cuando notamos algo raro es por algo. Ante la duda, mejor correr.

• • •

La historia de Pati me ha hecho pensar en otros momentos en los que yo también he notado algo raro. Y en los que quizá he reaccionado un poco tarde o directamente no he reaccionado.

—A mí una vez me pasó algo que también sentí como raro y no supe reaccionar como tú.

Carla vuelve sus ojos enormes hacia mí, deja de morder la pajita un segundo.

—¿Qué te pasó, Leti?

Me miran atentas.

—A ver, no tiene el nivel de tensión de lo que acaba de contar Pati. Aunque, bueno, para mí fue un momento tenso y desagradable. Fue hace unos quince años y todavía lo recuerdo, así que por algo será.

Las tres se acercan un poco más a mí.

—Yo estaba saliendo con un chico desde hacía cuatro meses y decidimos irnos de fin de semana a un hotel con *spa* y piscina. Era nuestro planazo, estábamos felices, nos sentíamos los protagonistas de nuestra propia peli, teníamos veinte años. Al llegar nos pedimos cada uno un masaje de una hora. Javi se dio su masaje mientras yo leía a Paul Auster en la hamaca de la piscina. Luego entraría yo. Al pasar a la salita, el masajista, un tipo fuerte al que se le

notaban las horas de gimnasio, me dio uno de esos tangas de papel.

—¿Un tanga de papel? —Me encanta cuando Carla piensa en voz alta.

—Sí, son casi transparentes, tienen un triangulito mínimo que apenas te cubre el coño y dos tiras ínfimas para sujetarlo. Vamos, que te lo pones y no solo te sientes desnuda, también ridícula.

—Para eso es mejor no llevar nada —dice Pati.

—El tipo, supersimpático y amable, me ofreció el tanga, yo le dije que no me hacía falta, que me podía quedar con mis braguitas. Él insistió: «Es mejor así. Por tu comodidad y para que yo pueda realizar mejor mi trabajo. Te dejo intimidad para que te cambies y te quedes solo con eso». Antes de salir señaló con la mirada el trozo de papel semitransparente que yo sujetaba entre las manos. O sea, no solo tenía que ponerme ese amago de prenda interior, sino que tenía que quedarme únicamente con eso puesto. Sin sujetador, sin nada, solo la celulosa. ¿Vosotras os quedáis solo en bragas cuando os dan un masaje? —pregunto a mis amigas.

—Yo sí —contesta Esther.

—A mí, cuando me pongo boca abajo, me desabrochan el suje, pero al darme la vuelta y ponerme boca arriba me lo vuelven a abrochar.

—Entonces, ¿te pusiste eso? —pregunta Esther.

—No quería ponérmelo, pero no sé por qué, quizá porque no quise que el tipo pensara que desconfiaba de él o por no quedar como una mojigata, el caso es que me desnudé y me lo puse. Y ahí me quedé, de pie, pensando qué

hacer, pensando en mi incomodidad, ansiando ponerme el sujetador de nuevo. Entonces entró el masajista: «Puedes tumbarte boca abajo». Lo hice, pensando que me pondría una toalla en el culo o algo. Pero no, empezó a darme el masaje mientras yo, tensa como un palo, deseaba que el masaje que acababa de empezar terminara cuanto antes. Pero por dentro me repetía: «A ver, Leti, tú has venido aquí porque has querido, te has quitado la ropa porque has querido; bueno, en realidad no querías, pero lo has hecho sin que nadie te obligara y no pasa nada. Todo esto es natural, natural y normal. No te van a dar un masaje vestida, tronca». Y de repente..., izas!: me masajea el culo.

—¿Qué? —Esa es Carla, con su mirada penetrante y asustada.

—Yo me decía a mí misma que en el culo también hay musculatura, que todo seguía siendo absolutamente normal.

—Muy normal no era —dice Pati.

—Ya, eso lo pienso ahora.

—Perdona, sigue, sigue.

—Llegó el momento de darme la vuelta.

—Dime que te puso una toalla en el pecho.

—No. No me la puso. Yo había estado desnuda solo frente a dos hombres en mi vida. Ese era el tercero, pero mi cabeza me repetía que era un profesional, un fisioterapeuta profesional. Que no debía dejarme llevar por mis prejuicios o mis miedos infundados.

Se hace un silencio. El local se ha ido llenando de gente y yo me pregunto cuántas mujeres de las que están ahí habrán pasado por situaciones de tensión similares a la que estoy contando o mucho más desagradables que esta.

Las tres me miran en silencio, atentas. Dándome tiempo.

—El muy cerdo me masajé las tetas.

—Leti... —Esta es Carla pensando en voz alta.

—Entonces, me puse a pensar en cuando de pequeña solía acompañar a mi madre a darse masajes. Se los daba una señora de unos cincuenta años muy maja, yo a su lado hacía los deberes y cuando tenía dudas las compartía con ellas. Puede que la masajista se llamara Eulalia y creo que tampoco le ponía toalla en el pecho, ¿o sí? No conseguía recordarlo. Todo eso lo pensaba para irme de esa habitación. Estaba a punto de conseguirlo cuando noté el aliento del tipo cerca de mi boca. Lo suficiente para escuchar con detalle cómo le salía el aire. Quise dejar de respirar para que mi aliento no se encontrara con el suyo en el microespacio que nos separaba. Qué asco me da si lo pienso. Me repetía por dentro «solo está cerca, solo respira fuerte». No me atrevía a abrir del todo los ojos. Recuerdo entreabrir un poco el ojo derecho y entre las pestañas ver que, efectivamente, tenía la boca de un desconocido a dos centímetros de mi cara. En ese momento intenté visualizar la escena desde fuera y me pareció superridícula. Yo estaba en bolas; bueno, con un microtanga de papel, tiesa como un palo, casi sin respirar, en una sala de masaje de un hotel de la costa alicantina, mientras un tipo respiraba fuerte en mi cara y yo hacía ver que no pasaba nada. No tenía ningún sentido. El tipo se separó, yo intentaba calcular cuánto tiempo faltaría para terminar. Y me cogió la pierna.

—¿Qué? —exclama Pati.

—Para seguir con el masaje. Insisto, en teoría todo era normal. Pero claro, que te cojan la pierna cuando llevas un puto tanga de papel, pues no mola mucho. Yo estaba concentrada en el recorrido de sus manos, para confirmar que nada raro estaba pasando. Porque estaba claro que el tío no me estaba violando. Yo creía que no tenía motivos para decirle: «Mira, ya está, sal de aquí, me voy a vestir y no quiero que me toques más». Pues nada, masajeándome el cuádriceps llegó a la ingle y me rozó el coño. Fue muy rápido, tan rápido que podría haber sido sin querer. Aunque claro, tres veces sin querer, son muchas veces.

Mis amigas me miran asustadas.

—Tranquilas, no pasó mucho más. Ya os he dicho que no era una historia superdramática. Intento resumir, que ya sabéis que me enrolló. El tío me masajeó la otra pierna e hizo lo mismo. Y al pasar por el lateral de la camilla, a cuyo borde yo me agarraba fuerte para liberar algo de tensión, el tipo apoyó su paquete en mi mano. Ahí sí que estuve a punto de decir algo, porque me pareció que era obvio, pero estaba tan paralizada que no pude. Entonces dio el masaje por terminado y salió. Me vestí despacio, salí a la piscina y Javi me dijo:

»—Joder, te has dado masaje de dos horas al final.

»—¿Cómo? El masaje que yo había pedido era de una hora.

»—Pues ha pasado una hora cuarenta y cinco. ¿Te habrán regalado casi una hora porque sales en la tele?

»La hora extra no había sido por eso, claro. Lo peor de todo es que pagué el masaje. Javi me dijo que lo contara en recepción y que pusiera una reclamación, pero a mí me dio

corte, porque sentía que no había pasado nada lo suficientemente obvio y grave como para hacerlo.

—Pero es que sí había pasado —dice Esther.

—Eso lo entiendo ahora —añado yo—. Y de todas formas, yo me sentía culpable por haberlo consentido.

Ahora sí que el ambiente es de un bajón total. Parece increíble que hace dos horas estuviéramos tronchándonos de risa en una terraza y ahora cada una esté perdida en sus propios pensamientos. Carla rompe el silencio.

—Yo también me sentí culpable una vez por haber permitido algo que, no es que estuviera mal, pero sí me hizo sentir mal.

—Si te hizo sentir mal, seguramente es porque estaba mal —dice Esther.

—¿Qué te pasó? —pregunto.

—Fue grabando una escena de cama en una peli. La escena era sencilla y a mí no me generaba mucho problema. El actor con el que tenía que rodarla era también el director y pensé que eso haría que todo fuera más rápido, ya que él tampoco querría repetir más tomas de las necesarias. Al entrar al set de rodaje, vi que estaba lleno de gente, cuando normalmente al rodar este tipo de escenas se suele vaciar y solo se queda el equipo mínimo. Vamos, yo siempre que he rodado escenas con algo de desnudez o de intimidad ha sido así. ¿Tú también, Leti?

—Sí, siempre. El equipo de dirección se encarga de vaciar el set y si hay algún despistado, se le pide también que salga. ¿Tú rodaste la escena con todo el equipo delante?

—Sí. Pero claro, es que tampoco era una escena de sexo desenfrenado, lo hacíamos bajo el edredón, solo íbamos

desnudos de la parte de arriba. Yo no quería parecer poco profesional o tímida, no sé. Así que procuré olvidarme y concentrarme para hacerlo lo mejor posible y no repetir muchas veces. Empezamos a grabar, una toma, dos tomas, tres tomas..., pero el director, ¿os he dicho que era también el actor de la escena?

—Sí —contesto.

—Pues el dire no se quedaba contento. Hasta el punto de que fue la escena que más tomas tuvo de todo el rodaje. Que, a ver, no pasa nada, pero en cada toma me tenía que chupar los pezones, y tías... Yo soy una mujer abierta y siempre me he sentido muy libre con mi cuerpo, soy tocona y besucona, no creo que el sexo sea algo sagrado y todo eso..., pero lo pasé mal. Y me fui a casa sintiéndome fatal.

—Vaya.

—No, si no pasa nada. Es solo que me sentí rara. No tuve claro hasta qué punto estábamos repitiendo por necesidad real o por capricho del director y tampoco fui capaz de verbalizar mi opinión y decir en la tercera toma que creía que ya lo teníamos. Pero vamos, que no es grave, era una escena de ficción, la rodé y ya está. No tiene mayor importancia.

• • •

La mirada de las cuatro parece buscar en los reflejos de la mesita de centro hecha de espejo que tenemos delante, una respuesta a por qué vamos por la vida teniendo experiencias que nos hacen sentir mal y que luego nos empeñamos en naturalizar o justificar. Experiencias que mu-

chas veces tienen que ver con nuestro cuerpo o nuestra condición de mujeres.

No sé si contarles que a Marta, mi amiga de Zaragoza, la violaron tres tipos con burundanga hace un año, en pleno centro de la ciudad. No lo sabe casi nadie y no lo denunció, dijo que no quería que se enterasen sus padres para no hacerles sufrir y que entre tener que revivirlo y olvidarlo, escogía lo segundo. Creo que no lo ha olvidado.

O que a Carmen, la chica de márketing que les presenté en el concierto de Iván Ferreiro, la echaron del trabajo por quedarse embarazada. O que antes de salir de casa, me he cambiado tres veces de ropa porque llevar pitillos ajustados y escote me hacía sentir insegura para volver sola a casa por la noche. Dramas muy distintos en cuanto a gravedad, pero conectados entre sí en su raíz.

Esther sale de su ensimismamiento.

—¿Qué? ¿Pagamos y nos vamos? Eso o hundimos definitivamente nuestros culos en las butacas para cavar un túnel que nos lleve directas al infierno.

Miramos a Esther y sonreímos; ahora mismo nos viene bien alguien con su temperamento. Me hubiera gustado que compartiera lo suyo con Víctor, soy la única del grupo que lo sabe y no puedo contarle, pero esta mujer fuerte, trabajadora, inteligente y alegre mantiene una relación sombría, insana y violenta. Pero yo no debo decir nada, entre otras cosas porque ella misma lo niega y porque siempre le he prometido que todo lo que me contase quedaría entre nosotras dos.

Ya en la calle, mientras andamos hacia Sol, debatimos si vamos a bailar o no. Vamos desertando una a una y en un efecto dominó todas decidimos irnos a casa. Eso sí, cada una de nosotras tendrá que mandar un mensaje al grupo avisando de que ha llegado bien.

Al entrar al portal de mi edificio, como siempre, miro detrás de mí al cerrar la puerta. No lo hago solo hoy, lo hago siempre. Una vez arriba y al entrar por la puerta de casa, mando este mensaje al grupo: «Ya en casa, *tutto bene*». Y un emoticono con la señal de victoria.

Mientras me pongo el pijama llega un mensaje de Carla: «¡Por fin en mi buhardilla de veinte metros cuadrados!».

Cuando me lavo los dientes entra el mensaje de Esther: «Sirviéndome la última en el salón de casa. ¿Alguien se apunta?».

La última en escribir es Pati: «He pillado un taxi, pero tranquilas, le he hecho yo de GPS». Contesto a Pati: «Pero ¿ya estás en casa o no?». Pati: «Sí, sí. Ya en casa».

Sucesión de emoticonos de todas: aplausos, corazones y flamencas.

Sí, celebramos que hemos llegado bien a casa. Esto es algo que solo hacemos nosotras, las mujeres, los hombres, no. De hecho, los hombres, amigos, ligues, novios, primos, hermanos, también nos piden que les mandemos mensajes confirmando que hemos llegado bien, como si viviéramos en guerra, como si ser nosotras fuera un motivo de persecución, de acoso. El peligro indivisible de nuestra condición de mujeres que van solas por la calle.

Pero, un momento, ¿no vivíamos ya en igualdad? ¿No es la nuestra una sociedad moderna? ¿No hay quien dice que el feminismo ya no es necesario?

El caso es que mi propia experiencia y la de mis amigas son la prueba de que eso no es verdad. ¡Ojalá lo fuera! Pero no, no vivimos en igualdad y sí, el feminismo sí es necesario.